

3. LA HISTORIA NARRADA EN *HERRUMBROSAS LANZAS*

En las cubiertas del volumen primero de *Herrumbrosas lanzas* se alude brevemente a su temática, la guerra civil en Región, y se encomia su calidad al decir que la narración presenta los primeros días de la guerra de la "forma más real". También encontramos una cita de Octavio Paz en la que afirma que la España que aparece en las novelas benetianas tiene "mayor realidad humana y social" que otras imágenes convencionales porque su realidad "es elusiva y desafía a toda tentativa de definición sumaria. No es una geografía sino un lenguaje. Un lenguaje moderno que se vuelve sobre sí mismo y se interroga." ¹ Los dos textos, aunque el de Paz que no parece referirse a la obra que aquí nos interesa, pueden llevarnos a pensar que el objetivo de la narración es la presentación de una época de la historia de España, la última guerra civil. Sin embargo, creo que ni una lectura atenta, ni el contraste de la novela con las reflexiones del escritor en otros textos, nos permitirían establecer un significado no problemático de la guerra civil que aquí se presenta.

En efecto, buena parte de los estudios que se han publicado sobre *Herrumbrosas lanzas* se detienen en el examen de las relaciones entre la ficción

p.61

y la historia. Diversos críticos han examinado con perspicacia esas relaciones,² pero creo que a sus conclusiones todavía pueden añadirse algunas más.

¹Juan Benet, *Herrumbrosas lanzas*, vol I (Madrid: Alfaguara, 1983); los volúmenes II y III, fueron publicados por la misma editorial, en 1984 y 1986.

²Germán Gullón, "El discurso histórico y la narración novelesca (Juan Benet)", en José Romera y otros, eds., *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid: Visor, 1996; David Herzberger, "Juan Benet and the Civil War: History Made of Fiction", en Frieda Brown y otros, eds., *Rewriting the Good Fight: Critical Essays on the Literature of the Spanish Civil War*, East Lansing: Michigan State University Press, 1989, pp.27-43; José-Carlos Mainer, *Herrumbrosas lanzas. Libro VII, Libros 42-43* (1985), pp.15-17; Jorge Rodríguez Padrón, *Una lectura de*

Según hemos visto al referirnos a *Volverás a Región*, el asunto no es nuevo, ya que las relaciones de su obra con la historia, con la guerra civil, han sido revisadas desde muy distintos puntos de vista.³ La guerra civil del 36 no solo aparece en la mayor parte de sus narraciones, sino que a ella también Benet ha dedicado un buen número de ensayos y artículos, incluso hasta en su última recopilación, titulada *La construcción de la torre de Babel*. El más extenso de esos escritos históricos, *¿Que fue la guerra civil?*, comenzaba con la siguiente frase: "La guerra civil de 1936 a 1939 fue, sin duda alguna, el acontecimiento histórico más importante de la España contemporánea y quien sabe si el más decisivo de su historia" (p.9). No resultará, por tanto, extraño que se ocupe en numerosas ocasiones de esa época. A este respecto, y, dicho sea de paso, todavía queda por estudiar el interés que mostró por diferentes historiadores. Tácito, Mommsen, Saint Simon, Bernal Díaz del Castillo, son algunos de los citados en sus obras o a los que ha dedicado sus comentarios.

Parece claro que en sus textos expositivos el objetivo que persigue es el del ensayista con conocimientos históricos que nos informa desde su punto de vista de lo que realmente ocurrió en la guerra, o al menos de algún aspecto de esta. Y una sensación semejante tendrán en principio, según creo, los lectores de *Herrumbrosas lanzas*, al menos en parte por la forma de crónica que adopta la novela.

p.62

Juan Benet, *Cuadernos de Calandrajás*, (Toledo) 3 (1990). Ténganse en cuenta también las agudas reseñas de Elide Pittarello y Rafael Conte recogidas en la bibliografía.

³Véanse, por ejemplo, los trabajos ya citados de Ricardo Gullón, *La novela contemporánea española*; Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*; David Herzberger, *The Novelistic World of Juan Benet*; Malcolm Compitello, *Ordering the Evidence: "Volverás a Región" and Civil War Fiction*; y Jo Labanyi, "Fiction as echo: *Volverás a Región*", en *Myth and History in the Contemporary Spanish Novel*.

Sin embargo, la construcción del texto, y las ideas sobre la narrativa que Juan Benet expone en otros escritos, nos empujarían a revisar aquí críticamente las relaciones de la ficción y la historia.

En primer lugar, me referiré al ya mencionado *La inspiración y el estilo* (1966). En este libro una de sus reflexiones fundamentales sobre la novela se centra en distinguir entre la información que suministra el relato y el estilo del escritor. Por información entiende aquella parte del contenido que tiene una intención docente, descriptiva o explicativa del mundo real, lo que podemos ver como conocimientos del escritor que transmite a sus lectores. Para Benet, esa es la parte menos interesante de una novela, porque esta solo mantendrá el interés con el paso de los años gracias a su estilo. Es decir, el interés de la información depende de factores externos, del contexto histórico, y envejecería irremisiblemente; una novela pervive gracias a su estilo no por lo documentada que esté en uno o diferentes temas, o por la exactitud con que refleje algún aspecto del mundo.

Es evidente que estas ideas suponen una crítica de las novelas de Zola o Galdós, pero igualmente apuntarían a las novelas de intención social y política que triunfaban en los años 50 y 60 en nuestro país. Benet propone una valoración del carácter artístico del texto y se desinteresa de las valoraciones de cualquier otro aspecto.

El paso de los años no hizo que el escritor se retractara de estas ideas, y así resultarán ampliadas o matizadas en libros posteriores: en *En ciernes* (1976) afirma que el novelista perderá su tiempo si se dedica a repetir en el terreno ficticio los conocimientos que debemos a las ciencias y añade que

Aquel que solo por la lectura de las grandes novelas de nuestro tiempo, pretendiera saber lo que ha pasado en el siglo XX, iría listo. Pero también va bueno aquel que

pretende, más modestamente, extraer de ellas una información capaz de un aprovechamiento social de alcance más limitado (p.82).

También en 1981, en un ensayo recogido en *La moviola de Eurípides*, llega a criticar a Stendhal, un novelista al que admira, por su intención en *Le rouge et le noir* de reflejar la Francia postrevolucionaria, por centrar su interés en la biografía del personaje, con una perspectiva amplia, y no detenerse más en los detalles.

p.63

De todo esto pueden sacarse algunas conclusiones que serían relevantes al interpretar *Herrumbrosas lanzas*, como, por ejemplo, que la distinción entre novela y ciencia (historiográfica) no puede dejarse de lado. Si Benet seguía manteniendo sus presupuestos en los años 80, no sería importante la precisión de los conocimientos que extraemos de su novela; si lo importante fuera su contenido histórico entonces habría renunciado a escribir una gran novela.

Personalmente me inclino por lo primero, por pensar que Benet no valora su texto con respecto a la presentación de su época histórica. El interés de *Herrumbrosas lanzas* no deberíamos situarlo en su capacidad mimética, en la precisión de la información que suministre sobre la guerra civil, en primer lugar, porque su guerra no transcurre a lo largo de todo el territorio español. El autor ha señalado que la elección de Región como escenario de su obra se debe sobre todo a la libertad de movimientos de que goza en un territorio imaginario, algo que sin duda aprendió en la obra de William Faulkner. Con esa elección, al tratar la guerra civil en Región, se evitará cualquier exigencia de veracidad o exactitud que conllevaría la ubicación en el espacio real y el relato de los hechos realmente ocurridos.

Todo esto se comprobaría en la obra ya que, a pesar de la primera impresión, un examen detenido revela un buen número de ambigüedades no solo en las relaciones entre ficción e historia, sino en los procedimientos aparentemente realistas que utiliza.

Dicho esto, habría que señalar que la obra tiene una presentación que seguramente sorprende al lector. Los tres volúmenes de la tetralogía publicados (más los fragmentos del inacabado cuarto volumen) están divididos en "libros": en el primero hay seis, uno en el segundo y cinco en el tercero, y cada uno de ellos comienza con un breve resumen de los acontecimientos que se narrarán a continuación. Esta disposición resultará chocante y recordará, por ejemplo, antiguos modelos historiográficos como los que cita el narrador. Mostraría la necesidad de la voz narrativa de dar orden a la materia que tiene que exponer, pero percibiríamos ese "orden" como irónico, ya que la escritura de la historia actual no sigue esas prácticas.

También destacará a primera vista la utilización de notas a pie de página, algo frecuente en textos científicos y ensayísticos pero inusual en una novela. Un buen número de estas citas se refieren a los acontecimientos futuros,

p.64

a lo que le ocurrirá a algún personaje después del presente narrativo, de manera que la voz que anota se distancia temporalmente de la que narra, y parece conocer hechos que esta no conoce. No obstante, es muy posible que se trate del mismo narrador que revisa lo que escribió en el pasado. La primera, situada en la página 22 serviría para fechar la redacción del texto, pues al referirse a la muerte de Franco, indicaría que es posterior al año 1975. Otras notas sirven para citar algún autor en apoyo la autoridad del escritor. Serían las puntualizaciones a una crónica motivadas por la búsqueda del rigor, que harán ver

bajo otra luz algunos personajes y hechos, y distanciarán al lector de la ilusión narrativa.

Todo ello, claro está, depende del narrador y concuerda con la intención que muestra de hacerse pasar por un cronista que registra hechos de la historia de Región, y no por un novelista. Su labor cronística se muestra en el relato de los combates de los volúmenes I y III (también en unas páginas del II), ocurridos durante los tres años de la guerra en Región, y en algunas opiniones y generalizaciones que se refieren a todo el país. Esto es, narra unos hechos ficticios que se situarían dentro del marco de la guerra civil que tuvo lugar entre 1936 y 1939. Respeta el marco cronológico, mencionando su comienzo, en el volumen I, en julio del 36; aludiendo después a la caída del frente del Norte y al frente de Aragón; etc, y expresa algunas opiniones que resultarían veraces, como la importancia de la propaganda en ambos bandos, la heterogeneidad de las fuerzas republicanas y -a pesar del optimismo oficial- su temprana creencia en la derrota, la importancia bélica de la unificación del mando en el lado nacional frente a la desorganización republicana, o la idea que ya aparecía en *¿Qué fue la guerra civil?* de que el mando nacional prolongaría la guerra para afirmarse políticamente.

Pero es de destacar que no se relata ninguno de los hechos cruciales de la guerra (batallas de Madrid o Belchite), ni la actuación de ninguno de los personajes relevantes en ella; y en tal caso, no parece que debamos extendernos mucho en el análisis de la conformidad a los hechos históricos. Ahora bien, he podido encontrar dos sucesos en la novela que pueden relacionarse con lo que ocurrió en la guerra civil, y que, creo, nos mostrarían también el tipo de relaciones que establece el texto entre historia y ficción. Así, en *Herrumbrosas lanzas* el puerto de Socéanos desde el comienzo de la guerra está en poder de los nacionales, y los republicanos intentan infructuo-

p.65

samente conquistarlo; hasta el final, se nos dice, ese baluarte supondrá una temible amenaza sobre Región. En la guerra civil el puerto de El León fue tomado por las tropas nacionales al principio de la contienda y supuso una seria amenaza para Madrid hasta el año 39. El otro suceso, que me parece más relevante porque implica una tergiversación, tiene que ver con la participación en los combates del cuerpo de caballería. En la guerra civil del 36, esa arma intervino, pero lo hizo en el lado nacional, mientras aquí Benet hace que forme parte del ataque de las tropas republicanas. Eugenio Mazón y otros militares regionatos discuten, ya en las primeras páginas, sobre su utilidad: para Arderíus suponía la incorporación de una forma de combatir que ya a finales de los años treinta había sido abandonado por las modernas técnicas de combate. El resultado exitoso de la carga de la caballería en Región constituirá una estampa romántica y heroica de los combatientes republicanos, y una tergiversación histórica.

El narrador, por otra parte, nos muestra sus conocimientos históricos no solo respecto a la guerra civil y afirma su autoridad con varias menciones de historiadores y acontecimientos históricos, como las guerras carlistas o la batalla de Waterloo. No obstante, el historiador que cita con mayor frecuencia es Tácito, y con ello relacionaría el texto que escribe con el modelo clásico, por ejemplo, en su interés por la psicología de los combatientes. Este escritor, y los demás historiadores clásicos citados se constituirían en modelo privilegiado. Pero creo que la gran distancia que separa las obras clásicas y *Herrumbrosas lanzas*, y sus respectivos referentes, indicaría que tales citas debemos tomarlas irónicamente. El autor clásico es un ejemplo irrepetible de escritura, de manera que el texto reflejaría no una intención de imitar, sino la imposibilidad de la imitación.

Además, en su labor historiográfica se preocupa de aportar unos documentos que mostrarían el rigor de su trabajo: reproduce los estadillos en que se reflejan el número de combatientes y armas, o las cartas que envía el cabecilla republicano, Eugenio Mazón, a su madre. Ahora bien, si examinamos los estadillos vemos que no son un elemento funcional en el relato, y que contrastan con la falta de información en muchos otros aspectos, y el contenido de las cartas de Mazón no va más allá de la esfera privada, mantener el contacto entre los personajes, y no informan de nada relevante al lector.

p.66

A esas carencias se contrapondrían una serie de excursos sobre la historia, como ocurre también en *Volverás a Región*, en los que muestra su capacidad reflexiva:

En definitiva, el veredicto final acerca de un hecho así, tan controvertido, no se halla ni se hallará en ninguna parte porque para cada momento la historia tiene muchas explicaciones pero una sola salida que al tiempo que acapara para sí todas las causas eficientes que la determinaron, priva de verosimilitud a todas las demás (III, pp.123-124).

En vista de todo esto tendríamos que preguntarnos si el narrador cumple la función que parece asumir, por las relaciones que se establecen en el texto entre la ficción y la historia. Si pensamos en la posibilidad de que lo ocurrido en la novela refleje a escala reducida lo que ocurrió en el país, como también ocurría en *Volverás a Región*, a lo ya dicho sobre la labor del narrador habría que añadir una seria objeción: su parcialidad. No se trata solo de que casi todo el texto se dedique a los republicanos y preste escasa atención al otro lado, sino que de manera evidente la visión de estos últimos es

negativa. Al poco de comenzar la novela, en lo que se refiere al plano "general", nos encontramos con unos párrafos dedicados a Franco y su familia cuyo tono es suficientemente elocuente:

Era un hombre menudo, atiplado, que se pirraba por los honores; se había casado con una mujer más alta y de mejor rango que el suyo, que se pirraba por las joyas; y de ella había tenido una hija, bastante agraciada, que con el tiempo se pirraría por los títulos; o sea, que entre los tres cubrían todo el mercado de la gloria (I, p.22).

No parece necesario que dé el nombre de ese "hombre menudo" para saber su identidad. Y en el plano "particular", en Región, el narrador subraya que los mandos nacionales dirigen de manera poco competente los combates: primero ocurriría la justificada derrota de un coronel navarro, y luego veremos los insensatos planes de Gamallo para ocupar Región; pero también los italianos del CTV aparecen como un ejército de zarzuela, y únicamente de un teniente que interviene en uno de los combates se dice que aunque no era un "bonaparte" era un valiente. Gamallo, quien finalmente derrota a los republicanos, es el militar del lado nacional que mejor conoceremos, y habría participado en la guerra no empujado por motivos ideológicos, sino por su

p.67

sed de venganza y rencor hacia Región, por unos hechos ocurridos muchos años antes según se narraba en *Volverás a Región*.

Además, hay que añadir que el narrador se muestra con frecuencia beligerante, irónico o sarcástico con respecto a los personajes, como Laura Albanesi o Chavico, su segundo marido, que en el volumen II aparecen caracterizados como ambiciosos e intrigantes. O retrata a un personaje

enteramente malvado entre los republicanos, Julián Fernández, también llamado el Manchado, del que conocemos su ambición, crueldad y capacidad para la rapiña.

Del mismo modo que en otras narraciones benetianas, el escaso diálogo hace que el narrador sea el filtro a través del cual los vemos y sabemos lo que piensan. Los conoceremos gracias a su carácter omnisciente, una omnisciencia que tampoco esta vez será suficiente al no ofrecer respuestas satisfactorias o una estabilidad en la interpretación del lector. El examen de los motivos, del carácter o las emociones de Eugenio Mazón, el personaje en el que más se detiene el relato, comparado con los que realizan narradores omniscientes del XIX o de nuestro siglo, resulta insatisfactorio. Lo que llegamos a saber sirve de poco, porque sus explicaciones quedan en el terreno de la conjetura y sujetas siempre al cambio o la contradicción.

Aunque algunos personajes, según se ha mencionado, adquieren mayor relevancia, como Eugenio Mazón, el capitán Arderíus, el viejo Constantino, en los volúmenes I y III, los antepasados de Mazón, Laura Albanesi sobre todo, en el volumen II, la novela no se ciñe solo a ellos y así hay un gran número, más de treinta, que sobrepasarían lo esquemático y con esto se muestra una voluntad de abarcar un espectro amplio. La novela no intenta incluir todo el espectro social (recuérdese lo dicho sobre los nacionales), pero tampoco se limita a una o dos experiencias. Presenta las distintas guerras en que vive o muere cada uno del grupo mencionado, reflejando como la guerra afecta, o aniquila, a un músico, a un metalúrgico o a un contratista, cuyas trayectorias y motivaciones para participar en ella tienen poco que ver.

El narrador poco a poco hará ver que estos personajes viven inmersos en un destino del que no pueden escapar. La mayoría de los que gozan de relevancia tendrán un final trágico, que se consigna en el texto o en las notas a pie

de página, con una muerte heroica en unos casos y absurda en otros. Partiendo de un conocimiento limitado del pasado de Eugenio Mazón, el

p.68

relato se ocupa de indagar en sus ideas y opiniones, en la motivación que le impulsa en sus acciones bélicas. Mazón, al igual que sus compañeros, es una víctima del destino, como señala acertadamente Francisco Rico ⁴, pero su dimensión personal no alcanza alturas épicas. Sabemos, por ejemplo, que se equivoca al pensar que Ruán es un espía del enemigo, incurre en otros errores, pero sobre todo, en un episodio en el que cuenta también con sacrificar a Juan de Tomé si es conveniente, será el culpable de que Estanis y sus hombres sean masacrados en el campo de batalla. En estos dos últimos casos su conducta no tendría justificación, ya que ninguno de ellos resultaría indispensable para alcanzar la victoria.

Todos los personajes, en mayor o menor medida, se encuentran caracterizados al modo realista, y algunos serán más conocidos a medida que avanza la acción. Sin embargo, no será raro que se presenten en un claroscuro que nunca llega a definirse: Arderíus puede no ser el espía; el viejo Constantino quizá tenga un crimen a sus espaldas justo al comienzo de la guerra, y este podría haberle empujado a participar en ella; Juan de Tomé, dado el previsible desenlace de la contienda, piensa en algún momento en jugar a dos paños, y utilizar a la hija del coronel Gamallo, prisionera en Región, para asegurar su futuro. Son descritos, por tanto, siguiendo modelos conocidos por el lector, pero en algún caso encontraremos alguna explicación que debe despertar nuestras dudas. Por ejemplo, el libro I comienza con la presentación de uno de los protagonistas, el capitán Arderíus. Sabemos que es un músico que como

⁴Francisco Rico, "Unas lanzas por Benet", *Saber leer* 3 (1987), p.8.

otros intelectuales de izquierdas se pusieron del lado republicano, de manera que el contraste entre su profesión y su actuación en la guerra es notable; además, el que sus puntos de vista siempre sean militares le singularizaría ante el lector. Su forma de vestir es analizada, a la manera realista, para extraer conclusiones sobre su personalidad, y así el buen estado de su uniforme nos indicaría que no lo había vestido de joven,

La gorra de plato sin ningún distintivo, demasiado ladeada sobre la oreja derecha ¿era un rasgo más de su comunión con las actitudes populacheras, tan distintas de las castrenses, o reproducía su manera de ponerse el sombrero, adquirida en la rive gauche? Aquellos zapatos en punta, de tafilete negro, que

p.69

apenas asomaban bajo las anchas bocas de unos pantalones con la raya bien trazada y cuidada ¿acaso no respondían al tratamiento que su clase y su generación habían concedido a las diversiones al cielo abierto? (I, p.17)

La primera disyuntiva parece que solo podría ser aclarada por un narrador omnisciente, pero este no lo hace; y en cuanto a la segunda podríamos preguntarnos si las características de esos zapatos no podrían relacionarse también con otro tipo de diversiones. Creo, en resumen, que aquí se mostraría que la agudeza, la capacidad analítica del narrador, no nos sirve para mucho, y que todo el párrafo debe entenderse como una ironía sobre el procedimiento que se da en diversos lugares del texto.

Llegados a este punto podríamos preguntarnos si Mazón resulta representativo de los militares republicanos que tomaron parte en la guerra, o si la historia de su familia,

en el segundo volumen, lo es de la burguesía española del siglo pasado.

En mi opinión, la singularidad del capitán Arderíus o de Eugenio Mazón parece poco comparable a la de los líderes del ejército republicanos (el Campesino, Durruti, etc), y solo podría postularse en una similitud parcial en las relaciones entre grupos, como, por ejemplo, la lucha de facciones para alcanzar el poder, la influencia de esas desavenencias políticas en el terreno militar, etc. Sin embargo, tal similitud no sería completa si prestamos atención al modo en que el narrador describe a los habitantes de Región.

Los habitantes de Región, en la línea de la primera novela de Benet, presentan algunas singularidades que no parecen darse en el resto del lado republicano: la apatía que les habría llevado a combatir con la República, pero igual podrían haberlo hecho en el lado nacional; los aristócratas del lugar han abandonado la civilización y se han echado al monte; etc. También es extraña la existencia de un territorio prohibido llamado Mantua, que vigila un misterioso guardián, pero habría que añadir, aunque sea muy brevemente, que en esta novela el mito tiene mucha menor presencia que en *Volverás a Región*. Vemos, por ejemplo, el extraño sino de una familia aristocrática, los Santo Bobio, quienes siguiendo la maldición de un antepasado cuando tienen un hijo tienen que ir a ese lugar sin retorno llamado Mantua:

Acaso por eso la descendencia por lado paterno de los Santo Bobio se hace esperar cada vez más hasta culminar en esa figura -muy propia de tiempos

p.70

revueltos y republicanos- del aristócrata sesentón que, entre sollozos, se cala una boina chapada para depositar en

su cuna a un bebé empapado por lágrimas y a continuación descuelga una escopeta con la que no ha disparado en los últimos treinta años (II, p.185).

La presunción del conocimiento del tipo de personaje ("ese"), la mención de los tiempos "republicanos" y el exceso de lágrimas creo que impiden que podamos tomar la escena en serio. Estos rasgos característicos de los regionatos evitarían su asimilación al resto a sus compatriotas, y además, por otro lado, pueden aludir con soterrada ironía a los múltiples escritores y estudiosos que especialmente desde el fin de siglo han intentado encontrar lo típico y lo eterno de lo hispánico, de las "castas hispánicas", la unión del paisaje con la raza de Taine, también aludida en *Volverás a Región*.

Pero, para no extenderme demasiado, añadiré que la ambigüedad que vengo señalando se da igualmente en los episodios que, como historias intercaladas, aparecen a lo largo de la narración y en los que, en mi opinión, se consiguen algunos de los mayores logros: la tragicómica fuga del Comandante Furtivo, desaparecido misteriosamente cuando sus hasta entonces compañeros le instan al suicidio (I, pp.77-81); la historia del conserje del colegio de los Escolapios con aficiones incendiarias (I, pp.85-88); la de Frutos y Valbuena, los amigos inseparables (III, pp.167-182).

En el volumen II esas historias, que se entrelazan en la trama principal, alcanzan una gran extensión. Al poco de comenzar ese volumen encontramos la retrospección en la que se cuenta la historia de la familia Mazón en el último tercio del siglo XIX. La trama central narra el enfrentamiento de su bisabuela, Laura Albanesi, con su hijo Cristino y su segundo marido, Chavico, por el control de las propiedades familiares, pero tanto interés como esta tendrían otros tres relatos: el primero es el del "testigo presencial", un charlatán que en una ocasión vio un combate

de lucha entre un Eugenio Mazón (abuelo del que participa en la guerra del 36) y "el mayor de los Ochoa", y vivió durante muchos años gracias a su capacidad de contar aquel suceso. El segundo es la historia de un crimen rural (semejante a otro crimen narrado en *Una meditación*) en el que estaría involucrada Daniela, la criada de Laura Albanesi. Y el tercero es un episodio de bandolerismo y crueles venganzas en que están implicados los hermanos de Daniela y los parientes políticos de Cristino Mazón.

p.71

El objetivo de esta larga retrospección sería explicar los antecedentes familiares de Eugenio Mazón, y sin embargo buena parte de lo que se cuenta poco tiene que ver con ellos. Además, creo que resulta sorprendente que se narren las luchas fratricidas de la familia durante años, pero que solo se aluda de pasada a las guerras carlistas en que participa el antepasado de Mazón, y entre otras cosas nunca se expliquen los motivos por los que participó en ella. El narrador citará incluso a un historiador que reflexiona sobre aquellas guerras, y no obstante esa lectura solo le sirve para mencionar escuetamente Oroquieta, Amorebieta, y otros dos o tres nombres.

En toda esta sección aparecen también diversas menciones de otros hechos históricos, como la década moderada, el paso de la frontera de Isabel II, el reinado de Amadeo y la llegada de la I República, aunque a diferencia de lo que ocurre en la novela del XIX (pensemos, por ejemplo, en *Fortunata y Jacinta* o *La de Bringas*), todo ello no tiene ninguna repercusión en el relato, en Región, donde apenas sirve de materia para las tertulias del hotel Cuatro Naciones.

A Benet, según creo, le interesaría relatar lo que podría haber sido y no lo que fue, alejándose de la novela histórica tradicional al carecer de importancia los

personajes y los hechos históricos, y en algunos momentos hay ingredientes que le aproximan a otros tipos de novelas: uno de los motores de la acción, en los volúmenes I y III, es la intriga referente a la identidad del espía en las tropas republicanas, mientras en el volumen II sería el interés por conocer los avatares y el desenlace de una compleja saga familiar.

El referente a que apunta *Herrumbrosas lanzas* es ambiguo. Trataría de una guerra que ocurrió, pero los personajes que actúan y las batallas que se citan son imaginarios. Las batallas y los combatientes conocidos que realmente intervinieron en la guerra civil solo son aludidos al comienzo y en pocas ocasiones más, y casi nunca se les dedica mucha atención. Esto podría explicarse porque en lugares como Región, alejados de los principales frentes, figuras como Mola o el Campesino tendrían un perfil legendario, pero me inclino a pensar que se indica, de esta manera, que el lector no va a encontrar una verdad histórica definitiva acerca de la guerra.